





# *Los ecos de todos los siglos*

Oscar Lizana Farías

Primera edición

*Los ecos de todos los siglos*

Copyright © 2021, Oscar Lizana Farías

e-mail: [olizana91@gmail.com](mailto:olizana91@gmail.com)

Publicado por Oscar Lizana

Distribuido por Autores Editores

[www.autoreseditores.com](http://www.autoreseditores.com)

ISBN 978-956-402-789-0

DERECHOS RESERVADOS

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido la reprografía y el tratamiento informático.

Diseño y arte de tapa: Fernando Lizana

A la luz de un puerto perdido

Vienen los ecos de todos los siglos.

*Federico García Lorca*



## Capítulo 1

### 1

En 1858, año del nacimiento de Hans Zimmer, Bernburgo era una ciudad alemana espléndida. Pertenecía al ducado de Sajonia-Anhalt. Sus casas blancas de dos y tres pisos, con tejados de tejas rojas y calles adoquinadas escalonaban por las pendientes de numerosas colinas. Sobre una de estas pétreas elevaciones y a los pies del río Saale, un enorme castillo renacentista dominaba la vista. Se destacaba asimismo la iglesia luterana de San Esteban, cuya construcción databa del año 1150. Allí fue bautizado Hans a los pocos días de nacer y educado en los estrictos preceptos bíblicos luteranos. Cerca de esta iglesia y en medio de frondosos árboles se ubicaba su hogar familiar. En esta ciudad nació y creció Hans rodeado del afecto de una acomodada familia a mediados del siglo XIX.

Hans era el hijo menor y desde pequeño acostumbraba a contemplar el suave fluir de las aguas del río Saale. Estas vivencias le transmitieron la idea que nada en la vida es inmutable; que todo está sometido al flujo incansable del tiempo. Observar sus mansas aguas arraigó en el fondo de su alma germana el deseo de nunca permanecer por largo tiempo en un lugar; de aventurarse por lejanas tierras. Corrían tiempos de poderosos cambios geopolíticos en el naciente Sacro Imperio Germánico.

Su padre influyó poco en su crianza. Era abogado y juez de la ciudad de Bernburgo. Tal profesión y sus amantes hicieron de él el gran ausente. Hombre demasiado ocupado como para notar las inclinaciones del muchacho solo le dirigía la palabra para sermonearlo. De modo que Hans casi no lo mencionaba en las conversaciones con sus amigos. Éstos se podían contar con los dedos de una mano.

No obstante aquello, su infancia fue feliz junto a sus dos hermanos y una hermana.

Entrando a la adolescencia, el joven se tornó muy retraído. Solía encerrarse en su dormitorio por tardes enteras. Leía cuanto libro o periódico cayera en sus manos. El gusto por la lectura lo heredó de su madre, refinada y culta mujer de nombre Johanna Herrschaft. Lecturas de distintos autores de comienzo de siglo XIX como Gustav Freytag, Wilhelm Raabe y Heinrich von Kleist estructuraron su mente juvenil, desarrollándose en él un carácter romántico, idealista y proclive a ampliar las fronteras de su inagotable curiosidad. Otro de sus escritores favoritos era Alessandro Manzoni, cuya obra romántica *Los novios* leía con fruición. Especialmente esta novela lo influenció a forjarse un ideal de amor y de mujer muy lejano a la realidad aún para la época. Tuvo oportunidad de cortejar a su vecina, un año menor que él, pero pronto la desechó por no considerarla lo suficiente hermosa y además la encontraba coqueta.

En cierta ocasión cuando estaba cercano a cumplir los dieciocho años de edad, su padre lo llamó a su despacho. Lo hizo sentarse frente a un gran escritorio de caoba y comenzó a pasear su corpulenta figura alrededor del joven. Después de media hora de dar una perorata de cómo la nación germana llegó a ser un gran imperio y las causales de la reciente victoria en la guerra franco-prusiana, sentenció:

—Quiero que abrasces la carrera de abogacía. Quiero que algún día ocupes un lugar en los tribunales y administres justicia como juez en esta ciudad, siguiendo mi ejemplo.

—Pero padre, yo deseo seguir la carrera militar. No soportaría ver pasar mi vida sentado en un escritorio.

—Cuidado, jovencito, con insolencias —su bigote al estilo Káiser le temblaba —yo he hecho una brillante carrera en leyes y tú tienes la inteligencia y capacidad como para seguir mis pasos.

—Le recuerdo, padre, con respeto, que mi abuelo materno fue un militar destacado. Combatió contra Napoleón III y ganó una medalla por el coraje mostrado en la batalla de Loigny.

—¿Y que consiguió después, en la batalla de Sedan? —preguntó con ironía el señor Zimmer.

El silencio de su hijo significó para su padre un “no sé”.

—¡Aja! No sabes. Te diré: consiguió una bala que le voló los sesos. Eso es lo que obtuvo de la guerra.

—Pero salimos vencedores.

El gordo rostro de su progenitor enrojeció y cogió un libro que reposaba sobre su escritorio y amenazó con lanzárselo. Pero se arrepintió y suspirando dio por finalizada la charla.

—No se puede discutir contigo. Estudiarás leyes y punto. No se diga más.

Considerando lo ofuscado que estaba su progenitor, Hans no se atrevió a mencionarle que desde hacía un tiempo venía acariciando la idea de emigrar a América y optó por dejar la discusión hasta ese punto.

2

A pesar de las persuasivas y estimulantes palabras de su progenitor, sus mayores sueños y más caras expectativas siguieron siendo los viajes y las aventuras. Hans era de aquellos, que cuando quería algo, encontraba la forma de

conseguirlo. Buscó el concejo de su madre para comentar las pretensiones de su padre. Esperó la ocasión propicia en el momento que ella bordaba tranquilamente sentada en el *living*.

La señora Zimmer escuchó atentamente a su hijo y suspirando le aconsejó con la resignación propia de los tiempos.

—Hijo, eres demasiado joven para saber lo que quieres. Te recomiendo que consideres lo que te propone tu padre.

—De todas las profesiones que podría estudiar, la más despreciable me parece la abogacía.

Frau Johanna miró con severidad en su hijo.

— ¡Qué cosas estás diciendo!

—Sí, madre. No quiero defender a asesinos, ni quiero meter a la cárcel a un burgués porque no puede pagar sus deudas.

—Hacer cumplir la ley es una forma honorable de ganar la vida.

—Pero, Mutti, no quiero pasármela sentado en un escritorio viendo pasar la vida y llegar a viejo sin haber hecho nada interesante para recordar. También quiero viajar.

—Tu padre viaja...a veces, cuando debe ir a otra ciudad por algún juicio.

—No me refiero a ese tipo de viajes —dijo pateando el piso.

— ¿A qué tipo de viajes te refieres entonces?

—Viajes, viajes. Por ejemplo: a otros países.

—Ten cuidado con lo que piensas hacer, Hans. Lo que hagas hoy con tu vida afectará al resto de tu existencia. Soy tu madre y tengo derecho a decirte las cosas tal como